

abajo á quien haya cortejado una hora, tenga otro amante? ¿Me crees acaso tan loco para impedir á la rosa amar á cada mariposa que la acaricie?—No me hagas la injuria de pensar que rechazo la forma en poesía. Has tenido alguna pesadilla, eso es todo. ¡Yo renegar de la forma! ¿dónde diablo has pescado eso? Cuando á la crítica de *Paolo*, si la has escrito, guárdala; la discutiremos en el mes de septiembre. Cree únicamente una cosa: no he escrito un solo verso sin intención; será muy difícil suprimir ó agregar; ya te diré por qué y te rendirás á mis razones.

Mis respetos á tus padres, te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XIX

París, 21 de septiembre de 1860.

Mi pobre viejo:

Anteayer por la mañana recibí tu carta y con la esperanza de poder darte una contestación decisiva, he esperado hasta hoy. Me resuelvo, por fin, á escribirte, aunque mi viaje no sea todavía cosa segura y no pueda fijarte la fecha.—Debes estar persuadido de ello: los obstáculos no dependen en forma alguna de mí, mi voluntad no entra en ellos para nada, y puede ser que sea más grande que el tuyo mi deseo de ir á distraerme una temporada bajo nuestro hermoso cielo. Si pudiese partir hoy, hoy partiría. Trabajo activamente para ir á estrecharos la mano, y si no me veis llegar, podéis decir que nada me sale bien.—Por otra parte tengo grandes esperanzas y, si no temiera causaros una falsa alegría, os contaría algo sobre mi ida.

Lo que temo es un retardo más ó menos largo, es dejar pasar los días de vacaciones. Escíbeme, pues, la

fecha de vuestra vuelta al colegio, cuánto tiempo piensas pasar en Aix, á fin de que fije el último día posible mi viaje. Pienso quedarme á vuestro lado quince días por lo menos y con tal de que tengas el tiempo libre no desespero de nada.—Te lo repito: mi viaje es casi una certeza. Podéis recibir cualquier día de estos una carta anunciándoos mi llegada. Pero lo que me desespera hoy es que nos desazonemos, vosotros y yo, es no poderos decir: id tal día á esperarme á la estación. No importa, tratemos de matar el tiempo en espera de esta afortunada carta que tendré tanta alegría en escribir como vosotros en recibir. Contéstame cuanto antes á lo que te pregunto, respecto al tiempo que durará tu libertad. Tu carta me encontrará todavía en París, y en el caso contrario, ¿qué os importa?

Dile á mi viejo Cézanne que estoy triste y que no quiero contestar á su última epístola; esta carta es para vosotros dos. Es casi inútil que me escriba hasta que la cuestión del viaje se resuelva. Que espere una carta mía, ya anunciándole nuestras largas conversaciones familiares, ya para decirle que reanudemos nuestras banales conversaciones por escrito.

Tengo que censurarte una cosa; censurar no es la palabra, pero no importa. Hace cinco ó seis semanas me anunciabas tus exámenes escritos y añadías que no tenías ninguna esperanza. Te creí y lo lamenté. Pero de ningún modo te veía declarado completamente admisible. Vé, pues, que empleé mis lamentos en vano. Hoy me escribes que has sufrido tus exámenes orales, y, como la primera vez, me aseguras que estás descontento y completamente desesperado. ¿Es que tengo que entristecerme de nuevo? Esto no sería ni lógico ni razonable. De la primera experiencia deduzco que no debo fiarme de los juicios que tú has formado sobre ti mismo, y que lo más cuerdo es esperar los resultados para llorar ó sonreír.—¿No te habrás hecho el razonamiento siguiente? Acabo de presentar-

me en la Escuela Politécnica, es decir de sufrir dos pruebas terribles. Una de dos: ó soy rechazado ó me admiten. Digamos entonces que cuento con ser rechazado y el provecho es claro por dos lados. En efecto, si soy realmente rechazado, la mala impresión disminuye tanto más cuanto que viene preparada desde hace mucho tiempo; si por el contrario soy admitido, la buena impresión es tanto más grande cuanto que era menos esperada. Maravillosa táctica es ésta y si realmente la sigues á conciencia te hace honor. En todo caso, si esto no es más que una de mis invenciones, te aconsejo usarla á sabiendas, después de haberla usado por casualidad.—A pesar, de todo estoy seguro de tu admisión, solo después de leer la lista de los vencedores me apenaré ó beberé en tu honor un líquido cualquiera.

Marguery está en Mâcon; acaba de escribirme desde este pueblo y me anuncia su próxima llegada á París. Si tengo la desgracia de estar aquí todavía me aguarda el placer de charlotear una hora con este excelente muchacho. Se dirige á las orillas del Rin: encantador viaje con el que he soñado siempre. ¿No podremos nosotros realizar nunca este sueño?

Estoy casi continuamente indispuesto. El fastidio me consume; mi vida no es tan activa como corresponde á mi fuerte constitución, y mi sistema nervioso está tan fuera de equilibrio y tan irritado, que me encuentro en un estado perpetuo de excitación moral y física. Soy incapaz de emprender nada, y siento cuán eficaces serán para mi largo insomnio las distracciones de un viaje y la alegría de veros.—La última noche en medio de un sueño febril, me ha ocurrido una idea que me parece grande y bella. Un largo poema, para hacer gritar ó aplaudir á la muchedumbre á mis pies. El pensamiento es todavía vago para que pueda explicártelo aquí. Por otra parte, es una obra tan seria y de tan gran alcance que debe meditarse seriamente y someterse á los amigos. Así

pienso tomar tus consejos y trato de ponerla un poco en orden en un cuaderno nuevo.

Bebed y reid, mis buenos amigos. Tengo muchas cosas que deciros y que preguntaros: mis proyectos, los vuestros. Tengo tantas cosas que ver: los lienzos de Pablo el bigote de Baille. Después, por otro lado, ¿no es nada fumar una pipa al lado vuestro hasta sin hablar? ¿hacer largas excursiones, volver á ver los objetos, las personas que me recuerdan mi primera juventud, que me hablen de vosotros y de nuestras risas infantiles? *Yo quiero ir á Aix; ¡¡¡lo juro sobre mi pipa!!!*

No te escribo más. Es lamentable que te envíe esta carta tan vaga y tan llena de inquietud... ¡Que no pueda plegarme en cuatro como este flexible papel y expedirme bajo sobre, por la módica suma de veinte céntimos!

Mis respetos á tus padres.

Te estrecho la mano. Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Estáis equivocados acusándome de que falto á la cordialidad y á la confianza para con vosotros. Sois los únicos á quien oso confiar mis sueños bien insensatos sin duda. Si no os doy completa cuenta de mi vida privada, si no pongo ante vuestros ojos mi interior, es porque estos detalles materiales no serían suficientes á aumentar ni disminuir nuestra amistad y no tendrían otro resultado que el de entristecerme.

XX

París, 2 octubre 1860.

Mis queridos amigos:

Puesto que habéis elegido domicilio en la alameda de Sextius, puesto que allí tenéis vuestro café, vuestro fumadero, vuestro todo, creo deber dirigir allí mis

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTERREY, NL

cartas hasta nueva orden. Por otra parte, por razón de *economía*, la misma carta servirá para los dos: economía de tiempo y economía de dinero.

Remito al final de esta misiva la cuestión viaje. Como no cuento con expedíroslo hasta dentro de cuatro ó cinco días, espero poder hablaros entonces de una manera cierta. Si estáis impacientes, interrogad, pues, las últimas líneas.

Hoy no quiero más que desayunarme charlando un poco con vosotros.—Baille me dice en alguna parte: «Pasamos el tiempo entre cartas y recuerdos.»—Está bien dicho y lo aplaudo. Dante se equivoca cuando escribe: «Nada más doloroso que un recuerdo de felicidad en un día de tristeza.» Yo le respondo descaradamente: Nada tranquiliza mejor el corazón y nada hace brillar más esplendente la sonrisa entre las lágrimas que el perfume del tiempo pasado.—¿Me predicáis la economía? ¿os acordáis del año último cuando el dinero de París se hacía esperar mientras nuestra media taza y nuestra partida de damas nos reclamaban en el diván? Si se habría una suscripción, se acababa siempre por reunir los miserables perros chicos que debían servir para matar la velada. Baille tornaba á la economía; pretendía, como hoy, hacer de nosotros unos tesoreros, unos avaros; perdonables y pródigos avaros los que él soñaba. Pero la franqueza ante todo, y debo declarar que el pecado de avaricia encontraba en él un terrible adversario, otro pecado capital, muy grande: la Gula. El nos pervertía á veces, el santo predicador: ¿te acuerdas tú Cézanne? Me empujaba á casa de Illy, te mandaba á casa de Leydet; después cuando tú traías un frasco de cualquier líquido, cuando me encorbaba bajo la carga de pasteles de crema, se frotaba las manos y nos guiaba relamiéndose los labios hacia mi boardilla, lugar de nuestros excesos gastronómicos. A veces, después de un largo sermón muy patético y muy lacrimoso sobre la abstinencia, por la noche en el café,

soñaba con un gran tazón de chocolate con jarabe de culandrillo, y sin pedirlo no obstante, hablaba de cierto malestar en la garganta y trataba de apiadarnos sobre su exófago irritado. ¡Monstruosidad! ¡Chocolate con jarabe de culandrillo! líquido que costaba cuarenta céntimos, cuando la media taza de café no costaba más que veinticinco. ¡Y vé las economías! ¡Vé los predicadores! De palabra beben agua clara y comen pan bazo, pero en la práctica se tragan el chocolate y se hartan de tortas.—Me acuerdo de otra fechoría de Baille, y puesto que se encuentra en el banquillo de los acusados, aprovechemos para hacer contra él una requisitoria aterrante. Era en la barrera, el día de la agradable hospitalidad que nos ofrecieron los señores jesuitas; habíamos llevado una pierna de carnero. Ahora bien; nos pusimos á la mesa, es decir sobre el césped, cerca de la fuente. Cómo jamón, busco por todas partes la pierna de carnero: nada, eclipse total. Voy convenciéndome de que la pierna es cada vez más inhallable. Por fin sorprendí á Baille suspendido todavía de algunos pedazos de carne. ¡Ah, señor ecónomo, que os habéis comido en este día el carnero! Desenlace: concluyo afirmando que un goloso es el antípoda de un avaro, y al mismo tiempo que un ecónomo es el antípoda de nuestro amigo. Pon cuidado, Cézanne, mientras te predica, secará dulcemente las botellas, fumará el tabaco, y si tienes la hombría de bien de prestar oídos y ojos, buscarás, en vano y con espanto, después de su discurso, los ingredientes indispensables para la vida de un hombre honrado. Ahora bien, Baille, mi amigo, quiero, cuando me encuentre en Aix, no ser ecónomo, más que si soy forzado á ello; si no, te prometo pasteles, chocolates y piernas de carnero—todo para fundir tu elocuencia de pedagogo, como se funde la nieve á los rayos del sol de mayo.—La economía es un mito para vosotros y me regocijo. Nada resultaría tan cu-

rioso como dos jóvenes de veinte años contando céntimo por céntimo sus placeres. ¡Vive Dios! riamos hoy; mañana vendrá con sus lágrimas ó sus sonrisas y la gran cordura será la de tomarlo como se presente. Con seguridad que diréis que es muy torpe esta moral, pero la encuentro sublime, si bien un tantico imprudente. Llamo en mi ayuda en este asunto una frase profunda de Cézanne. Cuando tenía dinero, se apresuraba ordinariamente á gastarlo antes de ganar su cama. Interrogado por mí sobre esta prodigalidad: «¡Pardiez! me decía, si me muriese esta noche ¿querrias tú que mis padres heredasen?—¡Oh, Baille, medita este pensamiento profundo y no tomes mis acusaciones, mis epítetos y mis ridiculeces más que como el juego de un amigo que se mece dulcemente en las lontananzas de alegres recuerdos.

Marguery está en París. Ya he pasado dos días con este gran dramaturgo, este célebre *vaudevillista*. ¿Qué os diré que no sepáis? Es el niño engrandecido, cambia bien poco; nuestro antiguo compañero es siempre este muchacho excelente, este impotente novelista que se admira con tan buena fe é ingenuidad que no hay más que pedir. Después de vosotros, le estimo como mi mejor amigo; prefiero su ingenuidad infantil á la fatuidad soberbia de los De Julienne y los Seymard.—Hemos recorrido juntos la ciudad bebiendo aquí y allá algunos cafés. Después le he conducido á la administración del *Journal du Dimanche* y *La Provenza Musical*. En fin, le he leído un proverbio que escribí este invierno y del cual he debido hablaros. Me ha aplaudido, aconsejándome seriamente presentarlo en el teatro del Odeón. Verdad es que esto me reportaría, probablemente algún beneficio pecuniario; pero no me atrevo á decidir hasta después de haberos consultado, lo que me propongo hacer si voy á Aix.

Me aseguras que Cézanne vendrá á París en el mes de marzo.—Es á Baille á quien hablo y no á Pablo, al cual me he prometido no hablarle de esto.—Pue-

des decir verdad; hace largos días estoy aburrido. Teneros cerca de mí sería una suprema consolación y una animación en la tarea ardua que me he impuesto. No soy de esos seres que pueden engancharse impunemente á su trabajo como á un carro y arrastrar fatigosamente la carga impuesta. Me hacen falta distracciones, risas y ratos serios. ¡Ah! ¡si estuvierais aquí! No cuento con tanto, pero lo espero; es todo lo que puede decir un hombre.

Recibo en este instante vuestra carta y vuelvo á coger estas hojas, abandonadas y vueltas á coger frecuentemente.—No puedo dejar de daros las gracias por las disposiciones que habéis creído buenas para nuestro cuadro de familia y los papeles de mi madre. Aun cuando hubierais obrado contra mi voluntad, no tendría más que rendiros gracias, puesto que sólo os ha guiado vuestra amistad. Afortunadamente esta mudanza parcial estaba en mis intentos y el placer que encuentro en veros tomar parte en mis intereses no se ve oscurecido por ninguna nube. Gracias, pues, una vez más.—Cuanto á los demás objetos, miserable mobiliario, podéis perfectamente dejarlos en su sitio. Lo que habéis sacado me es muy amado, y no hubiera querido en modo alguno dejarlo al azar de los acontecimientos y en las manos rapaces de que habla Cézanne. El resto lo abandono de buena gana á los buitres y á los tigres; lo repito: no tocad á nada.

Por otra parte tengo que haceros un reproche. Vuestras cartas son oscuras y no sé encontrar en ellas nada de cierto. Me acusabais hace poco de faltar á la franqueza, y os puedo devolver el reproche con más derecho. ¿Cuáles son los objetos desaparecidos? ¿Cuáles son las personas de que receláis? Si habéis tomado esta medida extrema, de mudarme sin que haya manifestado deseo, es lógico pensar que habéis sido impulsados por graves acontecimientos. Pero vuelvo á preguntar, ¿cuáles son esos acontecimientos? ¿Teméis, por casualidad ofenderme si me los referís? Hablad

siempre, mis pobres amigos, comienzo á conocer el mundo, y si nada me asombra de parte de los demás, nada puede ofenderme de la vuestra.—Así, pues, en vuestra próxima carta, sed más explícitos, para que, si es tiempo todavía, pueda remediar el mal.

Cézanne tiene la llave de la casa; que la guarde religiosamente y trate de hacer olvidar que la tiene en su poder. Si se la pidiesen, *no importa quién*, que la rehuse en limpio, y diga, si quiere desembarazarse, que la ha extraviado. En fin, para última recomendación, os encargo que vayáis lo menos posible á mi boardilla y que dejéis las cosas en reposo hasta que llegue el día de mi llegada—si ese día debe lucir no obstante.—Cuanto á mis sellos estad sin inquietud. Esas son cosas que no olvido y á las cuales he puesto remedio anticipado desde hace tiempo.

Ahora resta hablar de la posibilidad de mi viaje. Baille me ha escrito que debia dejarlo hasta los primeros días de noviembre. Así, pues, queriendo pasar quince días junto á vosotros, nada será desesperado hasta el 15 de octubre. Mi viaje no es un viaje de recreo; tengo ciertos negocios que reclaman mi presencia en Aix y que serían demasiado largos de explicar aquí; esto es lo que me hace desear con más vehemencia veros.—La proposición de Baille me prueba su afecto y le doy las gracias; pero no la puedo aceptar y él mismo diría lo que yo si pudiese darle á conocer mis razones. Tendré siempre gran placer en pasar una noche con él, en almorzar á veces á su mesa; pero instalarme en su casa, ¿qué digo? en la casa de sus padres, es decir en una casa donde debe ir multitud de personas... yo no podría soñar allí, sin soñar al mismo tiempo en las buenas lenguas de una villa de provincia. Por otra parte, si pudiese decidirme á convertirme en parásito, ¿creéis que esto aliviaría mucho mi bolsa? Yendo á Aix me hace falta llevar una gran suma, y esto no serían más que cien francos de aumento.—Además, seremos económicos, eso

por decontado. Así cuando tengáis la galantería de invitarme á comer aceptaré con mucho gusto; sólo que aceptaréis del mismo modo mis invitaciones.

No lo repetiré bastante: vuestras cartas me han causado una gran alegría. En ellas he visto vuestro buen corazón y os vuelvo á dar las gracias por todo lo que habéis hecho y pensáis hacer por mí; también he visto que vuestra amistad os ciega.

Tratemos, pues, de ser claros y de no daros una desilusión ó una esperanza inútil. *Nada dice por ahora que no haré mi viaje*; esperemos hasta el 15 del corriente. Si pasa esta fecha, no contéis conmigo. Trataremos de consolarnos, como dice Cézanne, soñando con nuestra próxima reunión y en la desventura de esos amigos que están separados para siempre.

Próximamente os escribiré y os enviaré, sin duda, un cuento festivo que estoy terminando: es un poco verde, pero ¿qué importa? Escribidme más á menudo de lo que lo hacéis y no gastar nada de gazmoñería, sed francos ante todo.—Por mi parte, cuento con explicaros mi posición y mis proyectos de viva voz, y si no pudiese lo haría más tarde por carta. Soy joven, el porvenir es mío y no necesito más que valor para llegar.

Bebed y fumad á mi salud. Reid sobre todo, si es posible. Rabelais dice que la risa es la propiedad del hombre; seguid, pues, los preceptos de este maestro pasado, en jocosidad.

Hasta pronto, sin duda. Mis respetos á vuestros padres.

Os estrecho la mano. Vuestro amigo,

EMILIO ZOLA.

Se ruega á Baille que escriba un poco más legiblemente:—Tenéis un hermosísimo lacre morado, señores económicos, y sin duda debe ser bastante caro.—No sé bien cómo escribo.

Estoy dispuesto á aprender la pastelería y la co-

cina, principalmente para conciliar la economía que Baille predica y no practica, y la glotonería que practica y no predica nunca. Tengo la receta de un cierto ponche con huevos, para cuando me pidáis novedades.—No estorba saber un poco de todo aquí abajo.

XXI

París, 31 octubre 1860.

Mi querido amigo:

Tu última carta es bien corta, bien seca. ¡Yo que esperaba una epístola larga rellena de detalles y contestando, por lo menos en parte, á lo que te preguntaba...! ¡piensa qué decepción! No me hablas ni de lo que haces ni de lo que sueñas; se diría que echas los bofes para escribir tres paginitas. ¡Y qué páginas! nada sobre tí, nada sobre los demás.—Dices que te aburres, razón de más para que me escribas largamente y á menudo. ¿Es asunto lo que te falta? Háblame de la primer cosa que se te ocurra y dime lo que piensas. ¿Pero no tienes tú la fuente del rotundo criticar? ¿No tienes que decirme si, el nombre de mi padre se ha olvidado en las inscripciones? ¿No debes hacerme una reseña sobre las señoritas á la moda, sobre los cambios de carácter sobrevenidos en los que llamamos nuestros amigos? ¿Qué hacen los Margery, los de Julienne, los Seymard y *tutti quanti*? ¿Qué nuevas conquistas, qué nuevos sinsabores que registrar en la era de su vida? ¿Qué nuevas proezas, qué nuevas fanfarronadas? ¡Basta de asunto! ¡Basta de detalles! Cuando no tienes más que salir una mañana y codearte una hora con uno de estos Don Juan parlanchines, para divertirte durante un mes entero con sus historias más ó menos históricas. Los queridos niños ignoran que la discreción es la madre de los amores durables, y puedes ir á recoger entre ellos

buen número de anécdotas que me narrarás en seguida.

—Por otra parte, si este género de cartas te disgusta, si prefieres no hablarme de esos destornillados, de esos jactanciosos á quienes sólo la moda hace viciosos, háblame de tí, del rumbo de pensamientos que debe agitarse en tu alma, de tus aspiraciones y de tus recuerdos. O bien entabla una de esas discusiones como la que hemos abandonado y remitido á tiempos mejores. Pero ¡por el cielo! escíbeme, escíbeme lo más á menudo y lo más extensamente posible.

Si me callo sobre mi vida presente, es porque espero muy próximamente una solución á este problema: saber lo que he de hacer. No soy tan poco juicioso como me has juzgado algunas veces; sé perfectamente que hece falta vivir y que para vivir hace falta comer y para comer, tener dinero. Este razonamiento me lleva en seguida á la siguiente combinación: el trabajo, el trabajo que da el pan, que fortalece el cuerpo y que no es más que un medio para permitir al alma y á la inteligencia desarrollarse y obrar. Las más de las veces, este trabajo que provee á las necesidades del cuerpo, es al mismo tiempo el campo donde se ejercita la inteligencia. Es decir que, saliendo de la escuela de ingenieros, el pan que comes es el fruto de tus largos estudios, de la obra que hiciste, has hecho y harás siempre. En mí, por el contrario, no ocurre así. La literatura, los versos, no reportan nada en los comienzos y á menudo transcurren los años sin producir. Ahora bien, el poeta muere de hambre si no tiene algún dinero ó si no trabaja en otra cosa que dé una ganancia cualquiera, mi posición está, pues, claramente definida; no alejarse de la poesía y, no obstante, ganar mi pan haciendo otra cualquier cosa. Mas si es fácil hacer tal proyecto, ¡cuán difícil es de ejecutar! ¡Qué oficio, qué empleo elegir y sobre todo encontrar? ¿Cómo acordar la lira ya con la herramienta del obrero ya con la pluma del empleado? Este trabajo en segundo lugar, proveyendo á

las necesidades materiales, trabajo en el cual la inteligencia no entra para nada, trabajo del fango por el fango, he ahí mi infierno, mi inquietud diaria, mi aburrimiento eterno. Tu carrera es cien veces preferible; en lo que haces toma parte tu inteligencia y tu cuerpo también encuentra la satisfacción de sus necesidades. No importa, tal es, te lo repito, mi línea de conducta: nada de dejar la lira que un día puede convertirse en un manantial de honor y de provecho, y esperando este día venturoso subvenir á las necesidades de la vida por un trabajo cualquiera, no importa cuál.—Espero una próxima solución, y te juro marchar derecho, firmemente, audazmente, cuando haya podido descubrir este maldito sendero.—«Valor!» me gritas al final de tu carta, y añades que probablemente tienes más necesidades que yo. ¿Lo crees realmente? Cuando tu camino está trazado, cuando te basta marchar, siempre derecho, casi á ciegas, vienes á decirme que este camino es más pedregoso que el mío, el mío donde todo es zarzales y rocas, donde sólo el acaso me puede conducir, donde mi voluntad, mi inteligencia, mi trabajo, son los que me impiden vacilar! ¡Yo también te grito, ¡valor!!! Y te lo grito porque sé que marchando firmemente llegarás. Pero, á veces, pensando en mi porvenir, me digo: ¿A qué el valor cuando el azar es todo?—Son éstos, descorazonamientos que afortunadamente tengo: rara vez. Me hablas en seguida de un vacío que sientes en ti, de una necesidad de expansión. A veces buscas á tu alrededor algo que te falta, experimentas un malestar, una opresión y estás presto á llorar. Creerás que me chanco si te comparo, á ti, vigoroso y barbudo, con una jovencita rubia, frágil y graciosa. A pesar de todo es la única comparación posible. Hay una edad para las jovencitas en la que, el convento las oprime y las noches de estío son terribles. La música, el templo lleno de cirios y de perfumes, no son entonces más que pretextos, medios para sus corazones demasiado llenos. Esta

edad existe también para el hombre; sólo que como este último es libre, como no distrae á sus pasiones y las sacia á medida que se presentan, no se da cuenta de su rápido paso. Probablemente tú, así como la jovencita, has querido ahogar todos los amores que palpitan en ti y has creído poder remitirlos á más tarde, y he aquí que hoy existen y gritan demasiado. ¿Qué te diré y qué te aconsejaré yo que me dejo llevar por el primer soplo que pasa? Por otra parte, no te compadezco, te sientes vivir y no todos pueden decir otro tanto. Sé jovencita todavía algunos años y cree que nada es más triste en el mundo que estar estragado.

Hoy me contento con estas cuatro páginas. Escríbeme una carta—extensa se sobreentiende—antes de volver al colegio, y regularemos nuestra correspondencia.—Al mismo tiempo escribo á Cézanne.—Mis recuerdos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Chaillan te da las gracias por tu buen recuerdo y te estrecha la mano.—Todavía no he visto á Raymond.

XXII

París, 22 abril 1861.

Mi querido amigo:

Te doy las gracias por tu carta; es desesperante, pero útil y necesaria. La triste impresión que he experimentado fué en cierto modo disminuída por el conocimiento vago de los recelos que se cernían sobre mí. Yo presentía un adversario, casi un enemigo, en la familia de Pablo; nuestras diferentes maneras de ver, de comprender la vida, me advertían secretamente la escasa simpatía que debía experimentar por mí el señor Cézanne. ¿Cómo decírtelo? Cuanto me ma-